



RadioApasionad@s
Experiencias de radio comunitaria en el mundo
www.comunica.org/apasionados/

Capítulo 7

Las mil y una historias de Radio Venceremos

José Ignacio López Vigil

¿Quién no ha oído hablar de Radio Venceremos? Voz oficial del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional —FMLN—, esta radio guerrillera acompañó durante once interminables años, día a día, la lucha del pueblo salvadoreño. Es todo un record de radiodifusión clandestina. En un país tan pequeño como El Salvador —21,000 kilómetros cuadrados— y con un ejército apoyado por Estados Unidos con el más sofisticado aparataje de guerra, la resistencia de la Venceremos resulta una hazaña tan heroica como increíble.

En el libro LAS MIL Y UNA HISTORIAS DE RADIO VENCEREMOS¹, José Ignacio López Vigil cuenta lo que le contaron: cómo transmitieron los primeros programas desde los refugios antiaéreos y bajo bombazos de 500 libras, cómo grababan los corresponsales desde las mismas líneas de fuego, la burla a los famosos goniómetros gringos con simples alambres de púas, la bajada del helicóptero en que viajaba Monterrosa, el Rambo del ejército salvadoreño, cuando llevó como trofeo un aparente transmisor de la Veneremos con ocho tacos de dinamita dentro... Decenas de anécdotas vividas por estos locutores que han hecho radio con el micrófono en una mano y el fusil en la otra.

Por la importancia histórica y comunicacional de Radio Venceremos, transcribimos el capítulo donde se narra la gran ofensiva guerrillera de noviembre del 89, decisiva para forzar la negociación y lograr los recientes acuerdos de paz. El texto

¹ UCA Editores, San Salvador, 1991.

está plagado de salvadoreñismos y de “vulgaridades”. Como dice el autor, ni los guerrilleros ni los soldados suelen hablar con diccionario.

Este capítulo fue profético En su último párrafo, uno de los fundadores de la Venceremos se ve haciendo entrevistas en las barriadas populares de la capital, a cara descubierta, conseguida la legalidad de la emisora. Y así ocurrió. El 16 de enero del 92, tras los acuerdos de paz firmados en Chapultepec entre el FMLN y el gobierno de ARENA, los compas de la Venceremos encaramaron su transmisor en el techo de la Catedral Metropolitana de San Salvador. Santiago, el legendario locutor guerrillero, confundido entre la algarabía de una inmensa multitud que festejaba la victoria popular, transmitía en directo desde la Plaza Cívica. El pueblo había conquistado la paz. Y la Venceremos había conquistado su espacio legal después de tantos años emitiendo su señal de libertad desde las montañas de Morazán.

* * *

Fue Manolo² quien nos dio la noticia:

—La comandancia del FMLN ha decidido lanzar una ofensiva, la mayor de toda la guerra.

—¿Para cuándo?

—Para pronto.

Después de casi diez años, sobran las razones para querer definir la guerra. El país está agotado, en ruinas. La gente quiere la paz. Nosotros también, que nuestra profesión no es ser guerrilleros ni andar enmontañados. El mundo está cambiando y te empujan a resolver los conflictos por la vía negociada. Pero ni Duarte ni menos el alto mando del ejército van a negociar nada si no los presionamos militarmente. No entienden de otra.

—Pues vamos a llevarles la guerra a las ciudades —siguió Manolo—. Vamos a agarrar toda la experiencia acumulada en estos años, todo el armamento disponible, todos los hombres, toda la fuerza, hacerles una pelota con todo y meterla en San Salvador. O entienden o revientan.

Eso fue a finales del 88, por septiembre. A los de la Venceremos nos encomendaron la campaña de mentalización de los combatientes para una ofensiva sin retirada. Formamos, pues, una comisión de propaganda y comenzamos a cranear la consigna.

—“¡Por la justicia social y la democracia todos juntos al combate contra los opresores hasta la victoria final! —sugirió uno, no digo quién.

—Muy larga, hombre. Antes de acabar de pronunciarla te habrán caído las bombas en la boca.

—“¡Aplastemos al fascismo criminal!” —dijo otro, tampoco lo descubro.

² Capitán Ramón Emilio Mena Sandoval, incorporado a la guerrilla después de tomarse el cuartel de Santa Ana en la primera gran ofensiva guerrillera del 10 de enero de 1981.

—*Muy pesada.*

—“*¡Construyamos la paz!*”

—*Muy fría. Mira a los nicaragüenses: “¡Echémosla toda todos! ¿No podríamos inventar algo que tenga saborcito salvadoreño?*

—*¿Salvadoreño? —habló Santiago³—. Oí ésta: “¡Con el dedo de la unidad en el culo del enemigo!” ¿Querés algo más guanaco?*

Todos nos reímos de la jayanada, pero la consigna no salía. Al final, intervino Maravilla:

—*¿Qué dice un mando al dar la orden para el asalto final?*

—*Nos vamos al tope.*

—*Pues ésa es la mejor consigna: ‘¡Al tope!’*”

—*¿No es muy militarista?*

—*Ni tanto. Es también de amor. Cuando estás bailando, ¿no te topás con la muchacha?*

—*Al tope... y qué más?*

—*Al tope y punto. Esto se acaba, ¿no? Va de ponerle punto final a este volado.*

De amor y de guerra, así quedó: ¡Al tope y punto! Y comenzó aquella fiebre de preparativos: entrenamiento de los comandos urbanos, formación de los destacamentos insurreccionales, operaciones concentradas en los frentes. Nosotros, desde la radio, atizando el fuego.

—*¿Para cuándo? — quisimos averiguar.*

—*Para pronto.*

La munición, la organización, todo el plan de la ofensiva estaba listo. Pero había que encontrarle su momento político. El vergazo era muy grande y la población tenía que sentir que el FMLN había agotado todas las posibilidades de ir por las buenas con el gobierno. Se acercaban las elecciones. En un gesto tan inesperado como audaz, la comandancia general del FMLN comunicó su disposición de participar en ellas siempre y cuando se garantizaran unos comicios limpios, supervisados internacionalmente, y la fecha de su realización se retrasara hasta octubre para tener tiempo de desarrollar una campaña en igualdad de condiciones con los demás partidos políticos. Era tan lógica la propuesta que hasta los gringos la aceptaron. ARENA⁴, sin embargo, la rechazó de plano. Duarte⁵, después del primer trastabilleo, se sumó a la opinión de los areneros invocando ‘el orden constitucional’. Ante eso, ante el fraude repetido y anunciado, llamamos a la población a no concurrir a las urnas.

³ Primer locutor y fundador de Radio Venceremos

⁴ Alianza Republicana Nacionalista, presidida por Roberto D’Abuisson, directo responsable del crimen contra monseñor Romero.

⁵ José Napoleon Duarte, demócrata cristiano, entonces presidente de la República.

En las elecciones del 19 de marzo ganó la abstención con un 62 por ciento. Pero como en la democracia de los papelitos ese rechazo popular no cuenta, le entregaron la presidencia del país al candidato de ARENA, Alfredo Cristiani, que consiguió un poco más de la mitad de los votos emitidos. O sea, que Cristiani entró a gobernar representando apenas al 17 por ciento de los salvadoreños en edad de expresar su opción política.

—¿Va o no va la ofensiva? —preguntaron nuestros combatientes que se habían quedado con la cuchara a medio camino.

—¿Y para cuándo? —nos impacientamos nosotros que seguíamos calentando el ambiente a través de la Venceremos.

La comandancia volvió a tomar la iniciativa para una solución pacífica. ¿No dice Cristiani que su gobierno es democrático? Pues sentémonos a dialogar. Y se sentaron en México, en una reunión de máximo nivel a la que asistieron por nuestra parte, los comandantes Shafick Handal y Joaquín Villalobos. Por parte de ARENA, lamentablemente, apareció una comisión de medio pelo sin capacidad para tomar decisiones. El único resultado de esta reunión de septiembre fue celebrar otra en octubre, esta vez en San José de Costa Rica. Allá fue peor. Los militares espiaban desde el segundo piso de la residencia donde se celebraban las conversaciones para que la comisión gubernamental no hablara ni firmara nada sin consultarles a ellos.

A los pocos días, una bomba estalló en el local de FENASTRAS⁶, matando a Febe Elizabeth, dirigente de la UNTS⁷, y a diez líderes sindicales más. Se multiplicaron los cateos, los encarcelamientos, la represión de los paramilitares contra el movimiento popular. Era evidente que Cristiani no-tenía la menor voluntad de negociar.

—Preparen todo para el 11 de noviembre —nos avisaron—. ¡Ahora van a saber estos hijos de puta quién es el FMLN!

La ofensiva se lanzaría sobre las cinco principales ciudades del país: San Salvador, Santa Ana, San Miguel, Zacatecoluca y Usulután. A estas direcciones estratégicas se sumaría otro montón de esfuerzos militares de menor envergadura. La Venceremos permanecería arriba, en Morazán, transmitiendo desde una instalación subterránea. Nos quedaríamos un grupo pequeño, casi sin seguridad, porque la guerra se iba a librar abajo, al sur, y a nosotros nadie nos vendría a fregar. Sobre nosotros no iban a pasar ni los zopilotes.

Llegó el 11. Chequeamos las conexiones, revisamos por enésima vez todo el sistema de transmisión y de audio para que no fuera a fallar absolutamente nada. Oscureció. Nosotros estábamos bajo tierra, sentados tras los micrófonos, rodeados de bombillitos y con todos los radios militares encendidos. Faltando unos minutos para las ocho, Atilio⁸ nos llamó:

—Ya estamos en el macho —nos dijo—. De aquí para allá no hay retroceso.

⁶ Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños.

⁷ Unión Nacional de Trabajadores Salvadoreños.

⁸ Comandante Joaquín Villalobos, secretario general del Partido de la Revolución Salvadoreña.

—¿Alguna orientación? —le preguntamos.

—Si saben rezar, recen.

Si no se vio, no se cree. El sábado 11 en la colonia Zacamil se celebró una boda donde la novia vestida de blanco, el novio encorbatado, los padrinos, los invitados, los músicos, los bolos, todos eran comandos urbanos. En las cajas de regalos venían los fusiles. Todo era un truco para concentrar gente, distribuir armas y tomarse un sector.

En Mejicanos se jugó un partido de fútbol donde los once de un lado y los once del otro, los árbitros, los mirones, las vendedoras de charamuscas, el bus en que llegaron y el bus en que se fueron, todo era un movimiento de tropas disfrazadas para tomarse otro sector.

En una casa de la colonia Metrópoli, a partir de las cinco de la tarde, comenzaron a llegar parejitas, chicos y chicas que entraban del brazo, riéndose, dándoles paso a dos carros que iban y volvían cargados de armas. Estos fusiles no habían sido aceitados todavía, acababan de sacarlos de los embutidos donde se guardaban desde hacía meses.

En esa casa se concentraron 46 jóvenes de distintos barrios, estudiantes universitarios, sindicalistas, todo tipo de gente. Tres de ellos tenían experiencia de combate. El resto, jamás en su vida habían tocado una pistola. Sí, habían estado preparándose con cursos, con programas de radio y folletos, pero no se habían agarrado a tiros con nadie. A las seis de la tarde comenzaron a repartirles los fierros y a darles las instrucciones elementales para su uso.

Llegó un camioncito de la PN y se estacionó frente a la casa. Se bajaron y comenzaron a patrullar esa calle.

—*¡La policía! —avisó uno de los muchachos—. O les soplaron donde estamos o tenemos la más cabrona de las suertes.*

El comandante Choco que era el responsable de ese grupo no perdió la sonrisa cuando los policías tocaron a la puerta.

—*Buenas —le dijeron.*

—*Muy buenas —les dijo.*

—*Mire, amigo, ¿nos podría dar un poco de agua?*

—*Cómo no. Espérense.*

Adentro, en el cuarto de al lado, había 46 comandos urbanos aceitando un cerro de fusiles. ¿Algún vecino había notado algo? ¿Un oreja? Pero los policías tomaron su agua y se largaron sin siquiera asomar la cabeza. Tal vez sospecharon y no quisieron mecerse en ningún bonche cuando casi era hora de cambiar de guardia y ya iban de retirada.

A las ocho de la noche, Choco reunió a los nuevos combatientes:

—*Llegó el momento, chavos. ¡Todo el mundo a la calle!*

Abrieron la puerta y salió la tanatada de guerrilleros, cada uno con su fusil de estreno a tomarse el sector. A toparse por primera vez con los cuilios que seguían con su camioncito estacionado a pocas cuadras de allí.

Y comenzó el gran desvergue, el mayor que se haya visto en estos diez años de guerra. A un tiempo, miles de hombres y mujeres saltaron a las calles de San Salvador, abrieron fuego en los barrios del norte, cavaron zanjas, levantaron barricadas, desconcertaron completamente al ejército que, oliéndose algo, había montado todo un operativo en Guazapa para impedir la penetración de nuestras columnas en la ciudad. ¡Y ya estábamos dentro! ¡El FMLN estaba combatiendo en la colonia Zacamil, en Mejicanos, en Ciudad Delgado, en Cuscatancingo, en Soyapango, en Ayutuxtepeque! ¡La guerrilla asediando la capital del país!

El plan en San Salvador comenzó con el ataque simultáneo a 50 posiciones enemigas, incluyendo el cuartel del Estado Mayor y la mismísima residencia de Cristiani. En la Venceremos, sin embargo, estábamos haciéndonos los majes. Dijimos que habíamos recibido informaciones de “algunos” ataques por aquí y por allá... No queríamos alborotar mucho ni usar la palabra “ofensiva” hasta ver cómo giraba la ruleta. ¿Y si algo salía mal y nos sacaban esa misma noche? Le quitamos importancia a lo que estaba ocurriendo.

Las demás emisoras no se la tragaron. A las ocho y cuarto, la KL sonó su alarma:

¡Ultima hora! Fuertes combates se están desarrollando en la zona norte de la capital. Prácticamente todas las colonias populares están siendo escenario de una de las más violentas embestidas del FMLN... También se nos informa desde Zacatecoluca que los guerrilleros han asaltado...

El Alto Mando tampoco se creyó que eran simples escaramuzas. Justamente, a las dos horas de haber comenzado los ataques apareció Ponce⁹, decretando el estado de sitio y estableciendo una cadena de radio y televisión a nivel nacional.

El domingo 12 a las 6 de la mañana salimos al aire como en la víspera, sin hacer mucha bulla. Al poco rato, Atilio dio luz verde:

—Este arroz ya se coció —nos dijo—. ¡Hablen de ofensiva!

Todo el mundo ya se refería a la gran ofensiva del FMLN. Porque la conducta de la guerrilla había sido llegar de noche y salir antes del amanecer. Pero estaba el sol alto y ahí seguían nuestros compas volando riata en las muy calles de San Salvador, de Zacatecoluca, en Usulután, en el centro de San Miguel ... A los comandos urbanos que abrieron fuego desde dentro, ya se les había sumado la gran fuerza militar del FMLN, las columnas campesinas que aprovecharon el desorden del ejército para entrar en las ciudades. Se estaba combatiendo en todos los departamentos del país. Y empezó la locura en la Venceremos.

Nosotros teníamos montadas tres casetas con equipos de radiocomunicaciones para recibir la información militar inmediata de todos nuestros puestos de mando. Informaba Facundo, informaba Carmelo, informaba Dimas. Desde todos los rincones del país, decenas de radistas nos tiraban los partes de guerra a través de sus equipos naranjas de 40 metros, los famosos Spilsburys. Esas señales llegaban a cualquiera de nuestras tres casetas de recepción que estaban debidamente alejadas para evitar interferencias. En cada caseta había una radista y, a la par de ella, un mensajero, un niño con alas en los pies. La

⁹ Coronel René Emilio Ponce, jefe del Estado Mayor Conjunto.

radista tenía cortados los papelitos y colocadas las hojillas de carbón. Eran tres copias las que hacía. Llegaba la información, la escribía a toda prisa, se guardaba una y le daba dos copias al correito. El cipote salía hecho un pedo hacia el estudio subterráneo. Antes de mecerse al hoyo, en el pasón, le daba una copia a la compa que permanecía sentada a la entrada con catorce folders, uno por cada departamento de El Salvador, clasificando los partes. Sin resuello, el muchachito llegaba al fondo del refugio donde estábamos nosotros transmitiendo. Santiago agarraba el papel y enseguida abría el micrófono:

Hace apenas unos minutos, a las diez y treinta y cinco de la mañana, nuestras fuerzas destruyeron una tanqueta blindada en el cruce de las calles..

Teníamos una cuarta caseta, la más especial, para la comunicación con el extranjero. No me pregunten cómo ni dónde, porque no te lo puedo decir —¡y es donde los chafas menos se imaginan!—, pero nosotros habíamos destacado a Maravilla en una oficina de teléfonos, computadoras, toda la mierda moderna. Casi amaneciendo nos llamaba Maravilla por canal directo:

—Aquí, Ratón. Mira, tengo el editorial del New York Times que acaba de salir y me ha llegado vía fax. Ahí va. Te lo traduzco.

¡Increíble! A las seis de la mañana, un conecte compraba el periódico en Nueva York, a las seis y cinco lo despachaba por fax a la oficina de Maravilla, a las seis y diez Maravilla nos lo traducía por una banda secreta, y en menos de un cuarto de hora lo estábamos comentando por la Venceremos. ¡Nosotros en nuestro agujero de Morazán recibíamos la opinión de la prensa norteamericana antes que un gringo sentado en su oficina de Manhattan! Copiábamos también de la prensa española, de la prensa alemana. Teníamos el monitoreo de todos los grandes noticieros del mundo vía satélite. Como suponíamos que el gobierno iba a decretar el estado de emergencia y la mordaza informativa, Maravilla se dedicaba a visionar con una antena parabólica la televisión extranjera. Después, nos prestaba sus ojos.

—Mira, Marvin, ahora estoy viendo a las tropas del batallón Atlacatl apelotonados en torno al edificio del Estado Mayor. Llevan ropa de camuflaje y las caras pintadas ... Se les nota muy nerviosos, sin saber hacia dónde apuntar sus fusiles ...

Maravilla nos narraba con pelos y señales las imágenes que estaba captando de la NBC o de la CBS. Y nosotros lo reportábamos como que estuviéramos en el mero San Salvador. Así funcionó aquel enlace fantástico.

A partir del lunes, comenzamos a transmitir corrido, desde las seis de la mañana hasta las once de la noche. Transmisiones maratónicas, agotadoras, para solo cuatro locutores. Turnos de seis horas, de ocho horas, que dejaron afónico a Santiago, le soltaron la lengua a Leti, arruinaron mis nervios y acabaron de entrenar a Herbert, último fichaje de la Venceremos, que no tenía en ese momento mucha capacidad de improvisación. Y es que todo salía improvisado, no había tiempo ni para rascarse una oreja. Te llegaba la noticia y te echabas el comentario ahí mismo. De repente, Santiago y yo estábamos platicando, olvidados del micrófono, como si tuviéramos delante a la gente. Otras veces, nos poníamos a desafiar a los burgueses, emplazándolos con nombres y apellidos para

que abandonaran sus mansiones. Santiago la agarró una tarde con William Walker, el embajador gringo en El Salvador, tocayo del otro canalla del siglo pasado.

¿No le da vergüenza, señor Walker?... ¿En qué escuela aprendió usted su diplomacia?

La puteada fue tan grande, el embajador quedó tan despeinado, que el Departamento de Estado norteamericano le hizo llegar un mensaje al FMLN mediante la CPD:¹⁰

—Hagamos un trato. Ustedes dejan de insultar a nuestro personal y nosotros les quitamos el calificativo de “terroristas”.

De acuerdo. Al día siguiente, nosotros sofrenamos a Santiago y ellos nos quitaron el sanbenito. Es que les preocupaba la Venceremos, que en aquellos días estaba siendo escuchada hasta por los sordos.

Nunca en diez años tuvimos tanta audiencia. Me cuentan que podías ir a Metrocentro y oías la Venceremos a todo volumen desde las tiendas. La clase media, la prensa, el enemigo, los gringos y la misma cadena Cuscatlán, a la cual tenían que estar encadenadas todas las emisoras del país, nos monitoreaban ininterrumpidamente. Oías a Santiago informando “nos acabamos de tomar tal lugar” y en un par de minutos el locutor de la Cuscatlán entraba furioso a desmentirlo.

Ensayamos nuevos formatos que nos multiplicaron los oyentes: boletines informativos cada hora, sociodramas, diálogos humorísticos, jingles cantados aprovechando música ya conocida, como la rumbita de Maria Cristina:

*Fredy Cristiani no puede gobernar
porque le corto, le corto la corriente,
que se incorpore todita la gente
al sabotaje y rápido ganar.
¡Al tope y punto!*

Yo no te voy a contar lo que la gente dijo, sino lo que la gente hizo. La noche del 11, cuando llegó la guerrilla, la gente salió a apoyar, pero todavía con su recelito. Al día siguiente, eran más. A los cuatro días, todo el mundo afanando, haciéndoles comida, regalándoles ropa. Un guerrillero jovencito dijo delante de una señora:

—Mire, señora, ¿y usted no tendrá por ahí unos pantaloncitos que me prestara, de ésos que su marido ya no ocupa? Es solamente para mientras se me seca el uniforme. Es que tengo dos noches de dormir con la ropa mojada aquí en la trinchera.

Bastó que el jovencito guerrillero dijera eso y se corrió la bola por toda mi comunidad y las comunidades vecinas. Formaron una comisión de ropa en cada colonia. Venía gente con tendaladas de ropa y decían:

—¡Pá el guerrillero!

¹⁰ Comisión Político Diplomática del FMLN.

Hasta la gente más pobrecita salió con su vestidito, con su falda, sus blumers, calzoncillos, calcetines, todo para el guerrillero. ¡Y solo era un pantalón seco que necesitaba aquel chavo! Pero se levantó un volcán de ropa entre los vecinos. Es que la gente se sentía feliz. Nos habían dicho que los que andaban luchando eran de fuera: nicaragüenses, cubanos, de Vietnam, de no sé a dónde. Entonces, estábamos a la expectativa en los físicos, a ver qué cara traían y qué aspecto tenían, ¿verdad? Y cuando la gente comenzó a mirarlos entrando, el desfile de los muchachos que pasaban, decían:

—*¡Ay, fulanito!*

Eran amigos antiguos, familiares que no los veían desde hacía años. Y se daban el gran abrazo.

—*¡Ay, sobrino, y de dónde saliste!*

—*¡Ay, cuñado, y que no te habías muerto!*

Resultó, pues, que los mentados extranjeros eran de las colonias donde nosotros vivimos. Solo al médico, un chele muy granadón, le vimos plante de extranjero. Los demás, todos eran meros inditos como nosotros, ¿me entendés?

Con este médico de los guerrilleros se dio un caso. Como en nuestros barrios nadie tiene recursos para la salud, cuando la gente se dio cuenta que por ahí andaba un médico y una enfermera, se puso a merodear.

—*Señora, ¿y esa niña qué tiene?*

—*Calenturita, doctor. Fíjese que anoche no durmió.*

—*Venga, venga.*

La entraron en la casita que habían montado, un hospitalito de campaña. Cuando salió ésa, ya estaba esperando otra. Y empezó el médico guerrillero a curar a los enfermos del sector. Y se fue haciendo una cola de gente, una inmensidad. Gente con diarrea, gente nerviosa, gente con ataques, gente epiléptica, gente con tantas dolencias que el pobre médico ya no podía atender a los compas lesionados, sino que tenía que estar dando consulta al barrio. La gente, en agradecimiento, empezó a llevarle café o unas tortillas o unos zapatos. Porque como dinero nadie tenía, le daban al médico lo que tenían.

—*No, señora, deje la comidita para su niño... que si no, al rato vuelve y me lo trae. ¡Si esa enfermedad es el hambre!*

La gente fue agarrando confianza con los compas. Con estos soldados si podemos platicar, decían. Podemos fumar, los entramos a la casa a comer. No son como los cuilios que solo uno los mira y ya se pone tembloroso porque no sabe qué cabronada te van a hacer. Así hablaban mis vecinos.

En mi colonia nos mantuvimos contentos yéndoles a comprar a las tiendas, a los súperes, trayéndoles caña, trayéndoles todo para que aguantaran. Y más que todo, soñando que ya no se iban a ir nunca de aquí. Pero fue al revés, mire. Fuimos nosotros los que tuvimos que salir en carrera. Cuando la gente oyó lo que la aviación estaba haciendo en Seyapango y en la Zacamil, los bombardeos en los lugares de vivienda, entonces salió con lo que pudo, huyendo. Llorando iba la gente con su bolsita y cuando volteaban para atrás y veían a los guerrilleros que se quedaban, decían:

—Pobrecitos los muchachos. Que Dios me perdone, pero yo me tengo que ir.

Es que ya venía la aviación encima de nosotros.

El miércoles 15 de noviembre nosotros estuvimos a un pelo de colapsar al ejército y ganar la guerra. Las colonias populares se habían convertido en bastiones del FMLN. Cada edificio era un cuartel. El enemigo entraba con tanquetas blindadas y la tropa detrás intentando recuperar terreno y agotarnos la munición. No lograba ni lo uno ni lo otro. Al contrario, según pasaban las horas la incorporación de los vecinos era tanta y el descalabro del ejército tan acelerado, que en la noche de ese miércoles, presagiando una insurrección generalizada, se reunió de urgencia el Alto Mando en las oficinas de su cuartel general.

Se ha conocido bastante sobre esa siniestra reunión en la que participaron los treinta máximos jefes militares del ejército salvadoreño y donde decidieron elevar el nivel de la guerra sin importarles los costos políticos del genocidio.

—O ellos o nosotros —sentenció uno de los coroneles.

Ahí decidieron emplear la aviación contra la población civil. Los helicópteros ametrillarían las barriadas populares. También decidieron una noche de cuchillos largos: asesinar esa misma madrugada a los cerebros de la subversión, a los que ellos consideraban como tales. Encabezaban la lista los sacerdotes jesuitas de la UCA¹¹. Dicen que al acabar la reunión los militares se dieron las manos para rezar juntos por el buen éxito del crimen. No faltaban algunas manos gringas, de asesores de la CIA, en aquel círculo macabro.

Amaneció el jueves 16. Medio dormido alcancé a dar la noticia borrosa.

—Mataron a Ellacuría¹² —me confirmó Ana Lidia

—No puede ser —le dije.

Santiago venía desperezándose para iniciar la transmisión. Hizo unos ojos terribles cuando lo supo.

—Sí. Y también a Segundo Montes y a Martín Baró y...

Santiago abrió el micrófono y comenzó a hablar. Desde los tiempos de la primera ofensiva, allá por enero del 81, nunca lo había visto tan indignado. Ni tan triste.

Aquí en Morazán, para hacer las sopas guerrilleras, las muchachas de las cocinas salen a buscar el izote, el Cogollo del izote, para cortarlo y echarlo a la olla. Y siempre el izote, cuando se corta, tiene un grande, un increíble sentido de sobrevivencia. Se reproduce inmediatamente. Uno regresa al mes y ve a! izote retoñando de nuevo. Así el machete lo corte de raíz, el izote siempre vuelve a nacer. Siempre tiene esa terca insistencia de reflorcer, de seguir viviendo. Se nos ocurre que Ignacio Ellacuría es como esos izotes. Se nos ocurre que Martín Baró, Segundo Montes, Amando, Juan Ramón, Joaquín López, son como la flor del

¹¹ Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, San Salvador.

¹² P. Ignacio Ellacuría, rector de la UCA.

izote, tercios para morir, tercios en su intento de seguir creciendo. ¿Y porqué lo decimos? Porque hay algo que Cristiani no pensó: que todos ellos fueron maestros. Que ellos multiplicaron su saber en los miles y miles de jóvenes que estudiaron con ellos, que ellos multiplicaron esos valores morales del cristianismo que son tan compatibles con los principios de los revolucionarios. Los valores morales que estos sacerdotes transmitieron son hoy millares de semillas. Ellos no eran el cerebro de la subversión. Ellos eran parte de la conciencia nacional, de esa conciencia crítica, científica, que buscó las raíces del conflicto, que investigó nuestra historia, tratando de encontrar los caminos para la paz y la reconciliación nacional.

Sabemos que nuestro pueblo tomará en sus manos esa flor de izote, símbolo nacional de El Salvador. Sabemos que el pueblo salvadoreño levantará en su puño esa flor de izote como símbolo de esa terca voluntad de paz que corrió por las venas de los sacerdotes jesuitas asesinados. Y sabemos que el día de esta victoria que se nos acerca vertiginosamente, vendrá a las plazas, por los cuatro costados de la patria, un pueblo que irá levantando en sus manos esa flor de izote que es Ignacio Ellacuría, que son las setenta mil muertos salvadoreños. El pueblo ira a esas plazas de la patria tumultuosa, como un río en invierno, para rendir homenaje a estos hermanos caídos por la paz, a estos hermanos que nacieron en España, pero que fueron más salvadoreños que sus asesinos, criminales de mente desnacionalizada.

Ese día de la victoria, ahí estarán las madres de los caídos, los hermanos y los hijos de los caídos. Son setenta mil mártires de esta lucha. Somos millones los salvadoreños tocados por la barbarie, los que hemos perdido a un hermano, a un amigo, los que hemos perdido a un Ignacio Ellacuría, los que hemos perdido a un monseñor Romero. ¡Avancemos en nombre de ellos a construir la paz!¹³

Bombardearon las ciudades. En San Miguel, los cañones de 105 milímetros de la Tercera Brigada se apuntaron hacia las barriadas donde se habían insurreccionado los vecinos. El coronel Vargas dio la orden de disparar. Las casitas de madera volaban hechas pedazos con aquellos proyectiles lanzados a ciegas por el ejército. Después, verías niños muertos, cadáveres, pedazos de gente atrapada en los escombros. Los helicópteros completaron la matanza.

Bombardearon indiscriminadamente sobre la población civil. Destrozaron tanto las colonias populares de San Salvador que nos obligaron a readecuar posiciones. Hicimos una maniobra esa noche y nos fuimos a meter en la Escalón.

—¡A ver si vienen a bombardear a los riquitos! —dijo el comandante Chico e instaló su puesto de mando en una supermansión de oligarcas.

La señora burguesa casi se desmaya cuando vio su casa invadida por treinta guerrilleros.

¹³ Santiago, 19 de noviembre de 1989, día del entierro de los jesuitas.

—¿Qué quieren, qué buscan aquí?

—No se enchibole, señora —la tranquilizó Chico—. Usted siga haciendo su vida.

—¿Y que van a hacer ustedes?

—De momento, comer. Tenemos hambre.

—aquí no hay...

—aquí si hay. Y no le estarnos robando nada porque a usted le sobra comida.

—Está bien —Se aplacó la doña Fufú. Y ya iba a llamar a sus sirvientes.

—No —la detuvo Chico—. Es usted la que va a cocinar.

—¿Yo?

—Usted.

—¿Cómo se le ocurre?

—Así va a vivir siquiera unos minutos lo que viven a diario las mujeres en la cocina. ¿Qué quieren, muchachos?

—¡Huevos fritos!

—¡Frijoles!

—Atiéndalos —le dijo Chico—. Es un menú sencillo, ¿no?

Y vieras a la vieja agarrando cacerolas y quemándose las manos con la manteca. Pero cocinó, sí. Una oligarca les sirvió el almuerzo a nuestros guerrilleros.

Desde aquella mansión se dirigió la toma del Sheraton. Asaltamos ese hotelazo por ser la altura dominante de la colonia, sin saber que adentro estaba nada menos que el secretario general de la OEA Joao Baena Soares, que había viajado a El Salvador para saber de la guerra y acabó viviéndola.

El Sheraton se volvió un argumento de película cómica. Arriba, en la planta alta, una docena de gringos boinas verdes, parapetados detrás de unos colchones, aculerados cuando supieron que los guerrilleros se habían colado en el hotel. Abajo, en la primera planta, el ejército salvadoreño vigilando hasta las alcantarillas para que los guerrilleros no pudieran escapar del edificio. Y en medio nosotros, forcejeándonos con unos cuillos a Baena Soares para ven quién lo protegía mejor. Después de unas horas bien tensas, se armó la negociadora. Vino el obispo Rosa Chávez para asegurar los acuerdos. Salió el secretario de la OEA sin el más leve rasguño. Salieron los compas y el ejército. Los últimos en abandonar el hotel fueron los gringos maricones. Salieron por la puerta trasera, a escondidas, cubriéndose la cara y con banderitas blancas por si acaso, horrorizados de las cosas que pasan en éstos países violentos que su Pentágono apadrina.

Desde Morazán, pudimos transmitir como si fuera en directo todo el alboroto del Sheraton y la toma de la Escalón y las otras colonias ricas que el ejército de los ricos, naturalmente, no se decidió a bombardear. Maravilla ponía los ojos y nosotros la voz. También transmitimos información inmediata con nuestra red de radistas militares desde

las otras ciudades donde los combates fueron tan feroces como en la capital. Hicimos cadena con nuestra emisora hermana, la Farabundo Martí, para darle a conocer al mundo, a los de cerca y a los de lejos, este esfuerzo militar, el más impresionante que haya realizado un movimiento guerrillero en América Latina.

Después de catorce días de ofensiva, empezamos a replegarnos de San Salvador y las demás ciudades. El salvajismo de la aviación tuvo mucho que ver en esta decisión. Si hubiéramos tenido misiles otro gallo hubiera cantado, ¿verdad? Pero entonces no los teníamos. Hubo que explicarles mucho a los compañeros la orden de retirada, porque querían seguir ahí, manteniendo las posiciones. Pero para poco servían ya las trincheras en los barrios bombardeados y vaciados de civiles. Y lo principal ya estaba ganado: le habíamos dado el vuelco estratégico a una guerra aparentemente empatada.

Antes de la ofensiva nadie daba un cinco por nosotros. Las grandes batallas que librábamos en el campo no se veían en la ciudad. Los paros de transporte y las voladuras de las torres de luz afectaban a toda la población, pero un sabotaje es muy distinto a una balacera. En San Salvador no se sentía la guerra. Entonces, ojos que no ven, propaganda que te meto. Gota a gota, nota a nota, a través de todos sus medios de comunicación, diciendo lo que no pasaba y no diciendo lo que pasaba, ellos difundieron la imagen de un FMLN debilitado y acabaron creyéndose sus propias mentiras: “son apenas un puñado de guerrilleros que viven en los bolsones fronterizos con Honduras, están desertándose, no tienen armas, no tienen pueblo atrás...”

Por eso la negociación no avanzaba. Vos no negociás con agonizantes. Si la guerrilla está agotada, demos largas y que se acaben de morir solitos. ¿Qué fueron los diálogos de México y San José? Bla, bla, bla. Cristiani mandaba su comisión para perder tiempo y mejorar la imagen internacional de su gobierno. En el Congreso de Estados Unidos se justificaba así la nueva ayuda militar con que liquidarían —¡al fin!— los últimos focos guerrilleros. Porque también los gringos nos estaban contando hasta diez.

La ofensiva de noviembre lo cambió todo. ¿Quién nos creía capaces de asediar la capital del país durante casi un mes? ¿Cuándo un burgués de la Escalón imaginaba ver combates en su propia cuadra? Ahora olieron la pólvora. Ahora oyeron las explosiones. Ya ni su abuelita les cree el cuento de que somos cuatro guerrilleros achicopalados en un cerro. Les metimos la guerra en las ciudades, en el mero corazón de la vida nacional salvadoreña.

Tuvimos 401 muertos, sí. Y dijimos sus nombres por la Venceremos, uno a uno, encabezando la lista con el del comandante Dimas Rodríguez. Nuestras bajas fueron, en su gran mayoría, compañeros y compañeras recién incorporados sin mucha experiencia de combate. La estructura militar del FMLN, sin embargo, quedó intacta. Por el contrario, el ejército sufrió el mayor desgaste de todos estos años. Ellos perdieron, según datos confirmados, cerca de 3,000 hombres. Otros 3,000 soldados y reclutas desertaron durante la misma ofensiva. Y en el mes de enero, ante los rumores de una segunda, 1,300 más se les corrieron de los cuarteles. Nosotros sumamos gente. Tenemos ahora más comandos urbanos que nunca, más jefes de unidades, cientos de jóvenes que se replegaron con nosotros y miles de vecinos que están ahí en sus casitas, en sus multifamiliares, entrenados ya y esperando el nuevo aviso.

La victoria política fue todavía mayor que la militar: la ofensiva le botó la careta al ejército fascista que manda en nuestro país. En su desesperación, no les importó asesinar a los jesuitas y bombardear civiles ante los ojos de periodistas internacionales, de representantes de la ONU y la OEA.

La ofensiva, sobre todo, forzó la negociación. Para eso se hizo, para quitarle la sonrisa burlona a Cristiani, para sentar en la mesa del diálogo, principalmente, a los norteamericanos, que son el interlocutor decisivo en todo este asunto, los dueños del circo. Ahora, hasta Thurman¹⁴ declamó que el ejército salvadoreño “no puede derrotar al FMLN”. Al menos, entendieron eso.

Cuando planteamos en San José la depuración de la Fuerza Armada, Larios¹⁵ dijo que era una condición absurda, ridícula. Ahora es el tema del día. Cuando planteamos la reforma agraria, las reformas al sistema judicial, no nos hicieron ningún caso. Ahora, el mismo Cristiani habla de negociación. Muy bien. Por la vía militar se cerró la solución militar a la guerra. Ese es el gran fruto de la ofensiva.

A veces, como los locos, ellos pierden el sentido de la realidad y vuelven a fantasear el mundo. Se entusiasman con la invasión de Panamá y las elecciones perdidas en Nicaragua, se envalentonan con la caída de Europa del este, se excitan con estas cosas, piensan que es lo mismo el sebo que la manteca, y sueñan con una solución más rápida y represiva en El Salvador. Bueno, a palos entiende el burro. Si no les bastó lo de noviembre, les preparamos tres más. Desgraciadamente, para asegurar la negociación, tenemos que mantener la amenaza de una nueva ofensiva.

La Venceremos entra en la agenda de la negociación. ¿Quieren que nos incorporemos a la vida civil? Lo haremos incluyendo todo nuestro aparato de propaganda, los medios para participar en el debate político. ¿Quieren que nos inscribamos para unas elecciones verdaderamente limpias, con plenas garantías? Pues una de las cosas que debemos garantizar es la libertad para comunicar nuestro pensamiento. En otras palabras, que ya no nos ajusta la cobija de una emisora escondida en el monte. La Venceremos ya cubrió su historia como radio guerrillera. El momento político que vive el país, el desarrollo de la guerra, la nueva situación mundial, la necesitan a ella en la legalidad. Tenemos que librarnos de los zumbidos con una licencia para transmitir, ya no con alambre de púas. Tenemos derecho a debatir públicamente nuestros puntos de vista y disponer de los medios para hacerlo en igualdad de condiciones con las demás fuerzas políticas. Le llegó el momento al FMLN y a su emisora de entrar en la vida pública, legal, y optar por el poder en estos términos. Eso planteamos: la Venceremos en San Salvador, a puertas abiertas. ¿Delirio? Exigencia natural de la democratización del país que las armas populares han conquistado.

¿Qué vamos a hacer en San Salvador? La pila no es llegar a la capital trasplantando una programación guerrillera para responder al nuevo desafío tenemos que hacer un cambio tremendo en el estilo, en la forma de comunicarnos.

¹⁴ General Maxwell Thurman, ex jefe del Comando Sur del ejército norteamericano con sede en Panamá.

¹⁵ General Humberto Larios, Ministro de Defensa.

Si somos francos, no podemos decir que en estos últimos años hayamos conseguido la mayor audiencia posible. ¿Por qué? El problema no es la justeza de lo que vos decís, sino que se te pueda escuchar. Y técnicamente, hemos contado con una señal poco fuerte y ensuciada por muchas interferencias. Tampoco la programación ha sido la mejor de todas, eso es cierto. Pero también es cierto que el mensaje de la Venceremos no se agota en lo que dice, sino en que exista, que esté ahí. Si está ahí es porque son fuertes. Porque tienen terreno. Porque tienen apoyo de gente. Cuando cayó el primer gran operativo contra Morazán, el objetivo era resistir. Demostrar que ahí había territorios que estaban siendo defendidos por el FMLN, que eran zonas de control nuestro. El primer mensaje político de la radio consistía en mostrarles a los amigos y al enemigo que ahí estábamos, gritando, diciendo cualquier cosa, pero que estábamos. Y transmitimos aquellos días bajo el fuego de los morteros. Y hemos transmitido infinidad de días bajo tierra, bajo lluvia, con los cuilios enfrente, con los helicópteros encima, con la mayor terquedad de salir al aire que haya conocido ninguna radio en el mundo. ¿Te imaginás lo que significa mantener una emisora como esta en un paísito como el nuestro, en plena guerra, durante diez años? Y son contados con los dedos los días en que no hemos hecho el programa, alguno de ellos por propia decisión. Porque cuando la emisora se calló en el 84, fue para matar a Domingo Monterrosa. Y hubo que mandar avisos a todos los frentes guerrilleros para que no se desmoralizaran con aquel silencio.

Ahora estamos en otra etapa. El reto de hoy es mucho más que resistir: es competir. ¿Cuál es tu mensaje, qué vas a decir? Más aún: ¿Con qué atractivo lo vas a decir? ¿Cómo llegar a todos, a los guerrilleros y a los no guerrilleros, a los campesinos y a los de la ciudad, a la militancia y a los no convencidos? Sobre todo a ellos, a los no convencidos.

A cambiar, pues. A cambiar en todo, desde aumentar la potencia y mejorar la señal técnica hasta descuadrarnos la cabeza. Lo que hizo, está hecho. ¿Fue lo más acertado o no lo fue? Era otro momento de la guerra. Yo no me imagino, por ejemplo, que Madonna nos hubiera servido mucho cuando estábamos empujando para tomarnos el Cacahuatique. Ahora soplan otros vientos.

¿Por dónde comenzamos? Sonar rock y música popular está bien. Pero no basta del todo. Si queremos competir en la ciudad, tenemos que abordar los temas de la ciudad, conversar de lo que la gente está conversando. La misma guerra nos fue volviendo unidimensionales. Nos hemos puesto orejeras y solo hablamos de los aspectos políticos, económicos, de los macroproblemas que afectan al obrero. Pero ese mismo obrero que nos escucha tiene una familia, le gusta el fútbol, se echa sus tragos con el compadre, más que el sindicato lo que ahora le preocupa es el hijueputa que le está rondando a su mujer cuando él sale a las reuniones. De todo eso hay que hablar, de la vida cotidiana de la gente. Y es a partir de ahí, del precio de la leche o del Firpo ganándole al Alianza, que tenemos que armar una programación más cercana, más cautivante para el público de San Salvador. Ahí tenés el caso de la Tencha que refleja el modo de hablar, el humor sexualizado que tanto nos gusta a los salvadoreños. Atilio vino hace unos días y me preguntó:

—¿Qué ondas, cómo están trabajando los renatos¹⁶?

¹⁶ Los de la RN, Resistencia Nacional, una de las cinco organizaciones que integran el FMLN.

—Vergón. El programita de la Tencha ha pegado mucho.

—¿Cómo lo reciben en la ciudad?

—Les llega. A los frentes también.

—Hay que darles todo el apoyo, ¿me entendés? Porque, además del programa, está el aspecto unitario con ellos.

¡Las vueltas que da la vida! Roque Dalton se alegraría de que los compas de la RN están haciendo uno de los programas de mayor aceptación a través de la Venceremos! Pensaba en esto cuando me senté a platicar con Fermán Cienfuegos.

—Te felicito por la Tencha —le dije.

—¿De verdad?

—Verdura.

—Ye les orienté que no fueran a politizar mucho el espacio, que lo llevaran por lo cotidiano. Con pasitos se va más de prisa, ¿no?

Otro principio es la convicción de que la verdad no se impone, aunque sea la verdad. Debemos evitar toda forma de adoctrinamiento que simplifica la verdad en puras consignas o que la esconde o manipula. A veces, hemos caído en esa engañosa trocha del adoctrinamiento por facilismo, por ganar tiempo, por impaciencia. Pero siempre es mas revolucionario el camino de la verdad compartida, enseñada, descubierta participativamente. Es un camino más largo y difícil, pera es el camino. El que impone y adoctrina no vence. Se vence solo cuando se convence.¹⁷

¿Quién podrá hablar por la Venceremos? Todos. Menos los muertos, todos. Porque si apostamos por un modelo político pluralista, debemos aceptar ese mismo pluralismo en la comunicación de las ideas. Queremos que en nuestro país prevalezca la cultura del debate sobre la estupidez de la censura. Queremos llevar democracia a los micrófonos. Que la Venceremos en San Salvador sea la mejor y mas amplia tribuna para todos los sectores sociales y todas las posiciones políticas, de derecha, de izquierda y de centro. Oiga usted y saque sus conclusiones. Si los otros argumentan mejor que nosotros, nos obligarán a profundizar nuestros análisis y a formular mejor, más creativamente, el proyecto del FMLN.

Este pluralismo político, ideológico, no responde a una moda ni menos a una presión externa. Ni el enemigo nos forzó a concederlo ni los compañeros de países hermanos nos condicionaron para aceptarlo. Creemos en él. Creemos porque abrimos los ojos y vemos lo que ha sido nuestro proceso salvadoreño. Esta es una revolución hecha por cristianos y marxistas, socialdemócratas y demócrata-cristianos. Todos ellos han estado poniendo el pecho, dando la cara, tirando las balas. Todos ellos son la vanguardia y no solo la guerrilla.

¹⁷ Fermán Cienfuegos, "Propaganda, Democracia y Revolución", julio de 1989.

*La libertad de expresión en un manera revolucionaria es, evidentemente, una necesidad para el equilibrio social interno. El contexto actual impone una defensa política que debata y eduque a las masas, que les enseñe a reflexionar y a defender su proyecto histórico, y esto no puede hacerse sin oposición, sin que se conozca el proyecto contrario. Ese debate obliga a elaborar y a profundizar la posición revolucionaria y salvarla del dogmatismo ideológico y la parálisis. Es fundamental la existencia del periodismo profesional, crítico, independiente, y romper con el exclusivismo oligárquica en la propiedad de los medios de comunicación, pero sin vulnerar la libertad de expresión.*¹⁸

La Venceremos nació con la guerra. Desde el primer día y durante diez años ha acompañado esta lucha exageradamente heroica. Nuestros equipos han servido para informar, para debatir, para orientar políticamente y hasta como arma estratégica con ocho tacos de dinamita dentro. Ahora, estos mismos equipos se han convertido en pieza de negociación.

Cuando este libro salga es muy probable que estemos ya instalados en San Salvador. Es inevitable ese espacio democrático. Nos hemos ganado la legalidad al margen de la ley, porque a nuestra emisora igual que al pueblo salvadoreño solo le quedó la montaña para hacer valer sus derechos y resonar su vez. Ya me veo yo haciendo entrevistas en la Zacamil, grabando novelitas en los mercados, abriendo estos micrófonos hasta hoy clandestinos en las barriadas populares para que el pobrero hable. Que hablen los que antes solo hablaban por boca de monseñor Romero. Que sean escuchados los que llevan años, siglos, haciendo cola en la historia para decir su palabra.

* * *

¹⁸ Joaquín Villalobos, 'Perspectivas de Victoria y proyecto revolucionario', marzo de 1989.